

Las mentes

Az Galanti

Image not found.

Capítulo 1

Ésta es la historia de dos amantes que casi sin rozarse siquiera despertaron en el otro un carnaval de emociones inigualable, que sólo ellos podrían comprender. Ella era fría, algo rara para algunos, pero no para él. Cualquiera podía notar como la miraba, no como esas miradas de película en la que el chico estudioso se enamora perdidamente de la chica más linda de la clase (nunca me pareció creíble) sino como la del fotógrafo que observa a dos pájaros buscándose en el aire y piensa el encuadre perfecto para la ocasión. De vez en cuando le hablaba, a veces del día, a veces de su vida, a veces de nada. Cada día pensaba un poco más en ella, era obvio. Yo lo veía, todos lo veíamos ¡Qué tipo extraño él también! Se la pasaba dibujando, monstruos extraños o palabras rellenas, siempre en otro mundo, ¿será normal? Lanzaba un par de chistes al aire y tomaba el papel del salame del curso, llevaba los libros abajo del brazo y se calzaba la de inteligente, cambiando, conduciendo las opiniones ajenas a callejones sin salida. Su cabeza tenía un entramado diferente, bosque sinuoso con hadas y serpientes.

¿Y éste quién es? ¿De dónde salió? Para mí que es tonto, ¿no te parece? Está ahí con esos, que se la pasan hablando de boludeces, que tampoco hablan con nadie. Ella siempre estaba con su grupito, cinco o seis que no hacían nada. Ella tampoco hacía nada. Hablaban de música y de la joda del sábado, de aquel boludo que no sabía fumar y de esa tarada que estaba ahora con su ex. A veces dormían, si total no les decían nada. No mamá, me quedo por acá, con las chicas. Su vida también era rara, se iba a las seis de la mañana y ya no la volvías a ver ¿Si fumaba? Todo el tiempo, un pucho con amigos, uno porque ayer se peleó con el papá y por qué no uno para matar el tiempo. Tenía tiempo para pensar, ide sobra! Parece que era divertido el chico este, capaz que nos juntamos todos el viernes, estaría bueno.

Quizás era porque no hablaban y sólo se miraban, pretendiendo no saber que el otro también lo hacía, o porque tan distintos se encontraban iguales muchas veces. Hablaban mucho ahora, o lo suficiente. Ella se creía dura, pero se intimidaba con dos miradas fijas. Él nunca se supo, con esas frases del que se las sabe todas era uno, y con ese dato que nadie sabía era otro ¿Cuál era él? ¿Cómo era él? Eso la intrigaba. Y a él. El encuentro de sus ojos era más que eso. Y eso era grave, al menos para ella que nada le importaba, al menos para él que se creía único. Casi ni se veían, y es que el cuerpo es un disfraz tan bien confeccionado que pocos pueden traspasarlo (aunque el de ella no estaba nada mal). Simples eran sus conversaciones, casi absurdas, excepto esas en las que se entrometían pensamientos de algún que otro Kafka o Descartes, cuando el disfraz se rasgaba un poco. La reunión de las mentes era inevitable, en la que sus ideas se confundían y se mezclaban, cuando uno se veía a sí mismo en el otro, y se asustaba, porque esto no pasa cotidianamente, y menos a él

¿Podría entender ella lo que pensaba? Cosas intrincadas y diferentes, que se guardaban en ese cajón de la mesita de luz, llena de chucherías y adornos para disimular su importancia. Y cuando las mentes se atraen los cuerpos no pueden quedarse atrás, porque existe ese instinto de camuflar ese encuentro y transformarlo en algo corpóreo, porque no se puede permitir que tan libremente se embelesen los pensamientos. Y tuvo que pasar.

La noche estaba pensada para los burdos, típicos pibes de viernes y sábado que se confundían entre ellos como abejas en un panal. Sí, la fiesta es esta noche. Decile que venga, obvio. Se encontraron ahí, entre cientos de cabezas iguales, y casi que se mezclaron con el resto. Todo fue como es usualmente. Se besaron los labios, y quizás uno que otro sentimiento. Pero no. Se cruzaron sus lenguas y jugaron un poco. Se besaron muchas veces más, en muchas noches más. Se pensaron una y otra vez, él menos, ella más. En invierno se piensa más porque los disfraces se ensucian y estropean un poco. A ella le gustaba lo terrenal, quería que continuara. A él también, pero pensaba más, no se sabe por qué. Viajaba en el colectivo y pensaba, y escuchaba música, también para entorpecerse, boicotearse. Había tanto viaje hasta la universidad para pensar, y ¡Dios que tortura pensar por una hora! Es bueno (y triste a la vez) saber que la naturaleza es sabia y siempre cumple su objetivo. Existimos por las ideas, somos por lo que pensamos. Quienquiera que piense que el pensamiento puede desnudarse así como así es porque nunca se detuvo a interrogarse a sí mismo en los bancos de una plaza o miró el cielo raso por horas intentando descifrar sus propios laberintos. Y para algo existen los cuerpos, y no sólo para existir. Envases más complicados jamás han sido creados, pero no deben compararse con las cárceles, sino más bien con las puertas, por lo menos con un centenar de ellas. Pasaron tantas cosas desde entonces, pero nada es importante. Sólo importa que nada más pasó entre ellos, y quizás porque las mentes se obnubilaron ante semejantes puertas, o quizás porque no quisieron que eso pasara. Él no quiso. Ella nadie sabe. Las miradas se cegaron, y las mentes se alejaron.